

has cansado de vencer. (*Habla con Burker y otro señor.*)

BESF. Eso es lo que hemos de ver mañana, señor jurisconsulto. Chester, contadme la ocasión de este desafío.

(Se oye no muy cerca la música de los salones, que no cesa de tocar hasta el fin del acto.)

ESCENA XII

DRYDEN, SIDNEY, LA DUQUESA, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER

DUQ. (*Entra por el foro.*) ¿Qué hacéis? milores, ya ha empezado el baile. ¿Es posible, Dryden, que tenga yo que venir á buscaros?

SID. (*Bajo á la duquesa.*) ¿Os he cumplido mi palabra, miladi?

ESCENA XIII

SIDNEY, DRYDEN, LA DUQUESA, SALFORD, BESFORD, CHESTER, OVERBURY, BURKER

SALF. Burker tenía razón, milores. La caída del lord canciller ya no es un misterio; la reina acaba de anunciarlo en alta voz.

UN GRUPO DE CORTESANOS. ¡Viva el rey!

DRY. ¡Adiós mi capitania!

BESF. Por Dios, que estoy en el día más feliz de mi vida, supuesto que ya nos vemos libres de ese maldito Buckingham; permitid, milores, que os presente á la duquesa de Besford. (*Movimiento de sorpresa.*)

OVERB. ¿Qué dices? ¿tu mujer?

BESF. Hace dos años, Overbury; esto es lo que tú no habías adivinado.

OVERB. En verdad que no; te felicito sinceramente. (*A Chester y á los demás.*) Ahora tiene esto más gracia.

BESF. (*Acercándose á Sidney.*) Mañana, ¿á qué hora?

SID. Pero... permitidme, Besford, que no os exponga á...

BESF. ¡Silencio! mi mujer nos escucha; está loca por mí, y si llegase á sospechar la menor...

CHES. (*Bajo á Overbury y á los demás.*) ¡Y yo que iba á contarle al marido la causa del desafío! Está visto que aquí no se puede hablar sin hacer un disparate.

ESCENA XIV

Dichos; UN GENTILHOMBRE, saliendo de la cámara del rey

GENTIL. El rey llama á su gran canciller y primer ministro el señor conde de Warwick. (*Sorpresa y silencio general.*)

DRY. (*A Salford.*) Nos equivocamos en todos nuestros cálculos. ¿Quién hubiera dicho que Sidney?... (*Alto.*) Milord, os felicito cordialmente al ver recompensado vuestro mérito.

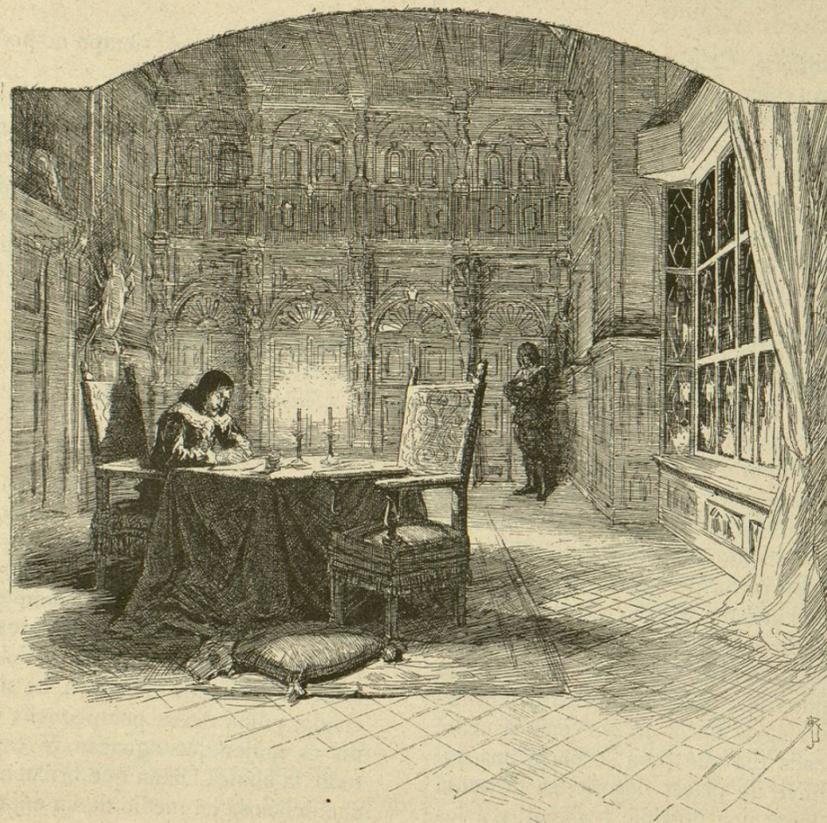
(Todos se inclinan. Besford y Chester aprietan amistosamente la mano de Sidney; los demás le rodean felicitándole.)

OVERB. (*Con desenfado.*) ¡Por San Jorge! mañana sabremos si un trozo de pergamino y el título de excelencia bastan á desviar la punta de una espada.

SID. (*A Overbury, á quien no ha perdido de vista.*) Mi nueva posición en nada altera nuestros asuntos; y como os veríais obligado á salir de Inglaterra en el caso de que la suerte os fuese propicia, os enviaré esta noche un salvo-conducto.

OVERB. (*Saludándole.*) Viva vuestra excelencia persuadido de que haré cuanto de mí dependa para poder aprovecharme de él.

(Se oye más fuerte la música. Sidney se detiene un instante á la entrada de la cámara del rey para echar una ojeada á Overbury y á la duquesa. Todos hacen ademán de salir hacia los salones del baile. Cae el telón.)



ACTO SEGUNDO

El teatro representa una sala de casa de Sidney; á la izquierda una puerta que conduce á un gabinete-armería, en cuya entrada se ven trofeos. En el fondo una péndola gótica; á la izquierda una ventana ancha que permite ver la fachada del palacio de Windsor iluminada; á la derecha una puerta que conduce afuera.

ESCENA PRIMERA

WILLIAMS, en el fondo; SIDNEY, ocupado en escribir; sobre la mesa hay dos bujías encendidas. El reloj da las cinco

SID. ¡Las cinco! Ya empieza á amanecer. (*Saca una caja del pecho, besa repetidas veces lo que contiene y la ata á una carta que acaba de cerrar.*) ¡Williams!

WIL. ¿Señor?

SID. (*Señalando una carta que coge de sobre la mesa.*) Esta carta es para mi madre. (*Señalando el paquete.*) Esto para una persona cuyo nombre no pronunciarás jamás, para la duquesa de Besford. Aquí lo dejo todo. (*Abre un cajón en la pared á la izquierda del espectador.*) Me llevo la llave. Si no vuelvo esta noche descerrajará este cajón y darás á cada cosa la dirección que

te he indicado; pero las darás sólo á las personas que he dicho, sólo á ellas.

WIL. Sí, señor.

SID. ¡Ah! se me olvidaba ya el salvo-conducto del letrado Overbury. (*Firma un papel y lo mete en su bolsillo.*) Harás ensillar inmediatamente el mejor de mis caballos; te encargo sobre todo que se haga sin meter ruido; podrías despertar á mi madre.

WIL. Todas vuestras órdenes serán puntualmente ejecutadas.

SID. ¡Ah! dejarás también abierta la puerta grande, porque voy á salir.

WIL. ¿Solo, señor?

SID. Solo.

WIL. De buena gana os pediría permiso para acompañaros. El señor conde conoce mi discreción, y acaso necesitará alguien...

SID. No, Williams; te agradezco tu celo. Estás conmovido. ¡Bah! ¿Es esta la primera vez que me ves salir á estas horas? Vaya, anda. ¡Pobre Williams! (*Desciñe su espada y la pone sobre la mesa.*)

ESCENA II

SIDNEY

El baile continúa. Celebran la caída de Buckingham como celebrarían la mía. Allí está, pensando en mí tal vez, porque ahora ya no puedo dudar de su amor. La hora se acerca (*Saca del gabinete unas pistolas y las pone sobre la mesa.*) y he prometido á Chester irle á buscar á su casa. Allí estará Besford sin duda; por más que he hecho me ha sido imposible hacerle desistir. Ayer aun hubiera dado toda mi sangre por oír un sí... ¿por qué razón no soy ya completamente feliz? ¡Ah! existe entre ella y entre mí un obstáculo en que se estrellan á la vez todas mis esperanzas. Dice que me ama; pero pertenece toda á su marido. Sí; la ha comprado: su cuerpo es suyo, y su alma también. Sus encantos, su amor, todo se lo ha vendido á Besford su familia. ¡Una boda por razón de estado! Y ella quiere llevar al extremo ese vil contrato. ¡Delirio! ¡Ah! ¿Cumple nuestra vida jamás lo que una vez prometió? Entramos en el mundo henchidos de esperanza: nos arrojamus llenos de alegría hacia un porvenir risueño; pero cada día que pasa se borra una ilusión, huye un placer ilusorio, se presenta en su lugar una horrible realidad, y á los veinticinco años, en la flor de nuestra vida, nos hallamos solos, aislados, desengañados y abrasados por una sed devoradora de felicidad que no se ha de satisfacer jamás. (*Llaman suavemente á la puerta del fondo.*) ¿Quién llama?

ESCENA III

SIDNEY; OVERBURY, asomando la cabeza.

OVERB. Soy yo, excelentísimo señor. (*Entra con una espada ceñida y dos pistolas en el cinto.*)

SID. ¿Qué significa esto, sir Overbury? (*Señalando al reloj.*) Son las cinco y cuarto, ya lo veis, y nuestra cita es á las seis. ¿Dudáis por ventura de mi exactitud?

OVERB. No ignoro vuestra reputación, señor conde. Sé muy bien que á las seis en punto os hubiera encontrado en el sitio designado con la pistola ó la espada en la mano, dispuesto á escarmentar todas mis extravagancias.

SID. En ese caso, ¿qué objeto tiene esta visita? Nos faltan todavía tres cuartos de hora.

OVERB. Esa es precisamente la causa de mi venida.

SID. Explicaos.

OVERB. Trascorrido ese tiempo no podré consagraros ni un segundo.

SID. ¿Por qué?

OVERB. Porque á las seis tengo otro asunto tan importante como éste, al cual no me es posible dar cumplimiento en el mismo sitio, y no encuentro medio alguno de estar á una misma hora en dos puntos distantes.

SID. ¿Cómo? ¿otra cita?

OVERB. Precisamente.

SID. Tranquilizaos. Es probable que tengáis que faltar á la una ó á la otra.

OVERB. (*Riéndose.*) Tengo más confianza en mí que el señor conde, y por esto quisiera conciliarlo todo.

SID. (*Con impaciencia.*) Sir Overbury, haceos cargo de que yo he sido el que os he provocado; la otra persona esperará.

OVERB. No hubiera vacilado para proponérselo si me las hubiese con una simple mortal (ya veis que es una cita amorosa), pero precisamente es una divinidad del olimpo; la he dirigido mis oraciones, he sido escuchado, y una diosa, por pequeña que sea, no es mujer que aguarde. Y ésta sobre todo: la blanca Diana que brillaba esta noche deliciosa en medio de un enjambre de ninfas...

SID. No os pregunto quién es.

OVERB. Me es indiferente: además de que mañana lo sabrá toda la corte.

SID. Lo sentiré por vos, sir Overbury; pero, ¿y si yo no quisiese variar la hora de nuestro desafío?

OVERB. Tendría paciencia, señor conde; pero confesadme que eso sería una crueldad. En igual caso yo no me negaría á prestaros este pequeño servicio.

SID. Enhorabuena. Vamos, pues.

OVERB. No esperaba yo menos de vuestra generosidad.

SID. (*Dándole un papel.*) Tomad vuestro salvoconducto.

OVERB. (*Leyéndole.*) Si vuestra excelencia tuviese la bondad de poner dos nombres. Porque, ¿quién sabe si mi diosa querrá endulzar el rigor de mi destierro? y como es casada...

SID. Eso es cuenta vuestra. (*Señalando las pistolas y la espada de Overbury.*) ¿Son necesarios todos esos preparativos?

OVERB. Esto quiere decir que podéis elegir armas.

SID. Os cedo la elección.

OVERB. ¡Oh! á mí me es indiferente.

SID. Mejor; entonces á caballo.

OVERB. A caballo.

SID. Con espada y con pistola.

OVERB. Tengo ambas cosas.

SID. Hasta que quede uno de los dos en el campo.

OVERB. ¿Eh?

SID. ¿Este desafío os asombra, sir Overbury?

OVERB. No le propongo nunca, pero lo acepto siempre.

SID. Vamos.

ESCENA IV

WILLIAMS, SIDNEY, OVERBURY

WIL. (*Bajo á Sidney.*) Una enmascarada quiere hablar indispensablemente á vuestra excelencia.

SID. ¡Una señora!

OVERB. ¿Señor conde?

SID. Un momento, sir Overbury.

ESCENA V

Dichos, LA DUQUESA

(Trae un gran dominó de raso negro y la máscara puesta; al ver á Overbury hace ademán de salir.)

OVERB. (*Ocultando sus armas con su ropilla.*)

¡Ah, señora! yo soy quien debo salir. (*A Sidney, sonriéndose y á media voz.*) Sois más feliz que yo, señor conde; á mí me toca sacrificarme; es muy justo. No insisto: sed dichoso vos ahora, yo lo seré después.

ESCENA VI

SIDNEY, LA DUQUESA

DUQ. (*Arrojando su careta.*) Soy yo.

SID. ¡Vos, señora! ¡Ah! si esto es un sueño, no me despertéis jamás. No me robéis mi felicidad.

DUQ. Insensato, ¿habláis de felicidad, y no veis la muerte delante de vuestros ojos?... Huid. Buckingham ha recobrado todo su favor.

SID. ¡Buckingham! Es imposible; he vuelto á ver á Su Majestad durante el baile, y el recibimiento que me ha hecho...

DUQ. ¿Y no conocéis á Jacobo I? ¿Yo soy quien he de recordaros las causas que existen para hacer imposible una caída completa de Buckingham? ¿Creéis que le costaría

tanto sacrificar á su antiguo privado la cabeza de un favorito de dos horas, con tal que tuviese el menor viso de justicia? ¿Imagináis por ventura que puede faltar un pretexto?

SID. ¡Oh! eso sería una ingratitud.

DUQ. Creedme. Al saber su desgracia, el canceller se ha hecho llevar á Windsor; ha esperado al rey en su gabinete. El rey le ha visto, le ha hablado, y ha cedido; ha temido sin duda.

SID. ¡Buckingham! ¡Buckingham!

DUQ. Este suceso es un misterio todavía; nadie lo sospecha en la corte: sólo la reina ha podido saberlo en el acto. Me ha llamado aparte; todo me lo ha contado: he recorrido todas las salas, os he buscado, he preguntado por Chester, vuestro amigo, para que os avisase: á nadie he encontrado; los dos habíais desaparecido. No sabiendo entonces de quién fiarme, y temiendo dar con un enemigo vuestro, he cogido precipitadamente en el cuarto de la reina este dominó y esta careta, y lo he abandonado todo por salvaros.

SID. ¡Oh, Isabel, sois un ángel! Pero nada tengo que temer. Mi ministerio de dos horas no ha hecho daño á nadie, y puede haber hecho mucho bien á alguna persona.

DUQ. Sí; pero el canceller os acusa de traición contra el estado, y á sus instancias acaso os acusará también mañana el parlamento. Ha hecho creer al rey que estáis complicado en la conjuración que tiende á poner la corona de Inglaterra en la cabeza de Arabella Estuardo, su prima.

SID. Es una infame calumnia: tendrá que presentar pruebas.

DUQ. ¿Pruebas? ¿Creéis que no sabrá inventarlas? ¿Ignoráis su facundia? El rey lo ha creído, y en este caso no ha podido menos de obrar como rey justo. En fin, ¿no me habéis comprendido? Buckingham os acusa y pide vuestra cabeza. Y la obtendrá, vos lo sabéis mejor que nadie, la obtendrá si no la salváis.

SID. ¡En buen hora! Que envíe por ella.

DUQ. ¡Oh! ¿Qué decís? No será esta vuestra resolución, no; lo decís sólo para atormentarme, porque yo soy quien os he precipitado en este abismo; vos no querriais dejarme este eterno remordimiento: ¿es verdad que no, Sidney? No; eso sería horroroso. Nunca he deseado el mal para vos.

¡Oh, Sidney, vos no habréis pensado bien lo que habéis dicho!

SID. ¡Isabel!

DUQ. No, no lo habéis pensado bien. Una carroza os aguarda abajo, y la reina ha despatchado delante postillones para auxiliar vuestra fuga.

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Enhorabuena! que parta el carruaje, y que me espere en la puerta de Market. Dentro de una hora le alcanzaré.

DUQ. ¡Dentro de una hora! ¿Y por qué esta dilación? Dentro de una hora ya no será tiempo. Va á amanecer, y al salir el sol ya os habrán preso. Partid inmediatamente ó sois perdido.

BESF. (*Entre bastidores.*) ¡Sidney! ¡eh! ¡Sidney! (*La duquesa se detiene aterrada.*) ¿Dónde diablos estáis?

DUQ. ¡Mi esposo!

SID. ¡Besford! ¿Dónde os ocultaré? Allí, en el gabinete, en mi armería... Venid, no temáis nada.

(Coge del brazo á la duquesa, que ha quedado inmóvil, acometida de un temblor convulsivo, y la empuja dentro del gabinete.)

ESCENA VII

SIDNEY, BESFORD

BESF. Apostaría cualquier cosa á que está durmiendo... ¡Ah! me he llevado chasco.

SID. Milord duque, me parece que no era el sitio designado...

BESF. ¿Para reunirnos, no es verdad? Cierito: perdonadme mi impaciencia: he querido probar mi exactitud. Me tenéis á vuestras órdenes; este es el día más feliz de mi vida, pues voy á emplear mi espada en servicio vuestro.

SID. Hablad más bajo, os lo ruego; más bajo. (*Besford le mira asombrado.*) La habitación de mi madre está inmediata, y pudiera oírnos.

BESF. (*Bajando la voz.*) Tenéis razón: ¡pobre condesa! respetemos su sueño; todas las precauciones serán pocas. Lo mismo me sucede á mí con mi mujer; ¡si supiérais cuánto trabajo me ha costado callarle todo este asunto! Felizmente me he salido del baile muy temprano y sin que ella lo echase de ver. Por otra parte, pasará regularmente toda la noche con la reina; es imposible que conciba la menor sospecha. ¡Qué noche tan deliciosa! Vos erais allí el

héroe, señor conde; vuestro nombre andaba resonando de boca en boca; todos querían veros y felicitaros. Vuestro reinado ha empezado con una brillante función.

SID. Pronto pudiera acabarse.

BESF. ¡No lo quiera Dios! ¡oh! será largo, porque estáis muy querido, sois generalmente bien quisto, y vuestro poder no engendrará envidiosos.

SID. (*Cuya impaciencia y turbación se aumentan por grados.*) Perdonadme, milord; tengo todavía que tomar algunas disposiciones...

BESF. Sí, sí; os ruego que no os incomodéis por mí de ninguna manera; haced cuenta que no estoy aquí. (*Sidney, viendo que no se va, se sienta á la mesa y hace como que escribe; Besford se sienta. Momento de silencio.*) A propósito, ¿qué arma elegís?

SID. Si os parece nos batiremos á caballo con pistola y espada.

BESF. (*Levantándose.*) De muy buena gana; eso es más animado y más divertido; es casi una carga de caballería. (*Llega á la mesa y examina las armas de Sidney.*) ¡Lléveme el diablo! esta es una espada de baile. El menor golpe de una mano medianamente ejercitada la hará pedazos; casi va á saltar entre mis manos. ¡Oh! tenéis veinte mejores en vuestra armería. (*Se dirige hacia el gabinete.*)

SID. (*Con viveza.*) Esta me acomoda más; es más ligera. Marchemos, os lo ruego; he concluido.

BESF. ¡Por mi alma! no permitiré en manera alguna que os expongáis con una arma de esta especie. Es un deber mío el... (*Da un paso hacia el gabinete.*)

SID. (*Deteniéndole.*) Deteneos, milord duque; se pasa la hora; es preciso partir.

BESF. (*Reparando en la careta que está en el suelo.*) ¡Ah! Esto es otra cosa. ¡Diantre! no había yo visto. (*Sonriéndose.*) Sí, sí, efectivamente; esta espada es muy buena... Además, Chester nos prestará otra; subiré al paso á su casa (*Recoge la careta con un bastón.*) y la escogeré. (*Se prueba la careta.*) Muy incómodo debíais estar aquí dentro; es muy pequeña. (*Examinándola.*) Me parece haberos visto antes, señora careta, bailando en la comparsa de la reina. (*Levantando la voz y mirando hacia el gabinete.*) ¿No ibais con un vestido de color de

violeta, con guarniciones de color de naranja? (*Sidney le hace una seña con la mano.*) Sí... hablemos bajo, vuestra madre pudiera oírnos.

SID. Vamos, duque, vamos.

BESF. A la verdad, ¡soy el hombre más indiscreto y más torpe!... ¡entrar á las cinco de la mañana en vuestra habitación sin anunciarme antes! ¡Qué enojado debéis de estar conmigo! Voy á esperaros en la puerta de la ciudad; Overbury será también exacto sin duda; de paso me reuniré con Chester, nuestro testigo. (*Volviendo.*) ¡Ah! dos palabras nada más. ¿Es esta la primera vez que viene aquí?

SID. ¡Oh! os lo juro por mi honor, la primera.

BESF. ¡Santo Dios! ¿qué he hecho yo? no tengo disculpa. Os pido mil perdones, mil: me retiro; quedaos; no salgáis; quedaos aquí, señor conde.

ESCENA VIII

LA DUQUESA, SIDNEY

SID. He creído que moríamos aquí los tres. (*Echa el cerrojo de la puerta del foro y corre hacia la del gabinete.*) Venid, Isabel, venid. ¿No me oís? ¡Isabel! (*La lleva á un sillón y la sienta.*) Volved en vos, nada tenéis ya que temer.

DUQ. No, ya no tengo nada que temer, ¿no es verdad? ¡Ah! otro golpe como éste y soy muerta. Ahora estoy salva ya, ¡salva enteramente! ¡Dios mío! (*Llora.*)

SID. Por Dios, tranquilizaos.

DUQ. Sí; es preciso que yo me marche al momento.

SID. ¿Y podéis marcharos en el estado en que os veo? Esperad aún algunos minutos más.

DUQ. ¿Esperad decís? ¿Y si volviere? ¿Sabéis que no me volvería á esconder? No; no me escondería. No le pondría yo mismo en ridículo segunda vez; no atraería el desprecio sobre su cabeza; mejor querría que me matase. ¡Besford! ¡ese hombre tan noble, tan generoso, tan lleno de pundonor! Se chanceaba él mismo con su propia deshonra; se ha marchado riéndose delante de una mujer cuya presencia no ignoraba; ¡y esta mujer es la suya! ¡esta mujer lo oía todo, y no ha muerto de vergüenza ó de desesperación!

SID. ¡Isabel!

DUQ. Todo lo he oído, ¡os lo repito! el motivo de su visita, y el que le ha obligado á salirse.

SID. ¡Pues bien! maldecidme á mí; yo soy quien os he deshonrado á vuestros propios ojos, y ¡entretanto vos estabais pura y no habéis dejado de serlo; pero mi amor es fatal y lleva consigo donde quiera el dolor y los remordimientos. ¡Cuán desgraciado soy yo! Yo, que hubiera dado mi vida por ahorraros un sentimiento, y que os entrego á la desesperación; yo, por quien lo habéis arrostrado todo, y que no puedo dejaros siquiera el consuelo de haberme salvado.

DUQ. ¿Y por qué me habéis de negar hasta ese dulce consuelo?

SID. ¿Estará en mi mano concedérselo dentro de una hora?

DUQ. (*Levantándose.*) Tenéis razón; ese desafío, ese... debéis asistir á él, y si os libráis de vuestro adversario no os libraréis del vulgo. ¿Pero qué os importa? no dejáis muriendo ningún pesar, ninguna memoria...

SID. ¡Isabel! Basta, yo sólo suplico: ved que bien he menester todo mi valor.

DUQ. ¿Y yo no le necesito?

SID. (*Mirando el reloj.*) ¡Ah! se ha pasado ya la hora.

DUQ. (*Deteniéndole.*) Un instante todavía. ¡Dios mío! Un instante nada más.

SID. No, no; me es imposible: no me detengáis.

DUQ. ¿Queréis, pues, morir?

SID. El cielo decidirá de mi suerte. (*Se arroja hacia la puerta.*)

DUQ. (*Deteniéndole.*) ¡Sidney! ¡por vuestro amor, por el mío, por el mío, conde!...

SID. ¿Y seré yo digno de ese amor si me quedo aquí más tiempo?

DUQ. Ya ha pasado la hora; vos lo acabáis de decir; ya ha pasado.

SID. Sí, y cada segundo que marca nuevamente aquel minuterero se lleva consigo un pedazo de mi honor. Venid, salgamos.

DUQ. ¡Salir! No; yo me quedo aquí. (*Cogiendo el sillón.*) Aquí mismo, ¿lo oís? No penséis en llevarme; yo también quiero perderme, sí. Cuando vengan los emisarios de Buckingham á buscaros... ¡mejor! Le podrán contar al canciller que han encontrado á la duquesa de Besford en la habitación del conde de Warwick. Idos, conde; marchad; ya no os detengo. (*Se sienta.*)

SID. ¡Vos me hacéis temblar! Escuchadme, Isabel; bien lo sabéis; nosotros los hombres